

EL NOMBRE DE NERUDA

José Agustín Goytisolo

Neruda cuidó mucho su nombre. Sus verdaderos nombre y apellido, Neftalí Reyes, no le gustaban. El apellido se lo cambió por el de un escritor checo del pasado siglo, Jan Neruda, que ha pasado a la historia de la literatura por una colección de narraciones titulada Cuentos de la Malá Strana, barrio de Praga que él ayudó a ser famoso. Debió ser éste el libro del checo que conoció el joven Reyes y no los poemas, pues que yo sepa no se han publicado más que parcialmente, y son pocos los lectores de castellano que los han leído. Y en cuanto al cambio de Neftalí por Pablo, la cuestión no está muy clara. Será por la sonoridad del nombre, porque liga bien con Neruda o yo qué sé, pero lo que sí es seguro es que no sería por especial devoción al santo que se cayó del burro camino de Damasco. Lo curioso es que otro poeta chileno muy valioso, contemporáneo y cordial enemigo de Neruda, llamado realmente Carlos Díaz Loyola, se rebautizase también con el nombre de Pablo: Pablo de Rokha del que hablaremos luego, caballeros. Dos Pablos voluntarios y poetas: quien sepa aclarar tal coincidencia, que lo cuente. Aquí estamos.

También, ya escritor famoso, Neruda cuidaba y gustaba de oír y aún de escribir él mismo su apellido prestado. Recuerdo un pasaje del Canto General, cuando su autor refiere su clandestinidad, pues era un perseguido, pasaje en el que una mujer le acoge y esconde,

y le dice después: "...pregunté quién eras, y el nombre de Neruda/me recorrió como un escalofrío..."

La desaparición física de Neruda es muy reciente aún, y su ingenante obra ha sido objeto de alabanzas y denuestos, según fuesen partidarios suyos o no los que escribían. En España hemos tenido el lamentable honor de que un poeta falangista, y no malo, que conste, dedicase varios meses de paciencia y alcohol a tratar tercetos de una aburrida y tosca Carta perdida a Pablo Neruda: me refiero al astorgano o asturiense Leopoldo Panero, y ustedes perdonen. Pero en Chile, por aquello del profeta en su tierra, la cosa fue sonada: la inquina que le tenía el antes citado Pablo de Rokha es legendaria, y se produjo a pesar de que los dos poetas militaban en el Partido Comunista. Hay malévolos que insinúan que el suicidio de Rokha se debió a los celos peludos que la fama mundial de Neruda le provocaron. Otro buenísimo poeta chileno, Nicanor Parra, tampoco se quedó atrás en eso de meterse con Neruda. Y tanta gente más...

Y se explica. Neruda avasallaba, aplastaba. La fuerza de su poesía producía oleadas de lectores y adeptos, ya desde sus comienzos, y queriéndolo o no, tapaba o escondía a buenísimos escritores como los dos citados. Hablo sólo de sus detractores, y me paro, pues eran muchos más, eran y aún lo son algunos de sus sobrevivientes.

Gran poeta y poeta desigual. Tiene momentos de fulgor único, tal ocurre en sus tres magníficas Residencias, de un surrealismo de nuevo cuño, con olor, como él diría, a cuero y a pescado. Sigue en tono alto en muchas partes del Canto General, inolvidables. Pero tiene caídas de tensión en Estravagario o en Los versos del capitán.

Supongo que su problema con muchos escritores de su tiempo, y aún más jóvenes, se debía a un cierto aire de superioridad que sus gestos y su voz quizás apoyaban. Antes de conocerle había oido que era avaro y muy fatuo, que sólo gustaba de hablar de si mismo. La verdad es que yo no le noté avaricia alguna, pues me invitó en cuatro de las cinco o seis ocasiones en que le vi, en Barcelona, en París y en Chile, finalmente. Y si bién es cierto que hablaba de su obra -de la que estaba escribiendo, no de la anterior- se interesaba por todo. Sí, ya sé, mal pensados, también por el vino. Y por el vodka, y por el wiskhy y por otras lociones cordiales, como es lógico y natural. A ver quién tira la primera botella.

Neruda salió en cabeza (Veinte poemas de amor y una canción desesperada, Tentativa del hombre infinito), y ya no dejó ese puesto ni a causa de la carrera diplomática, que le apartó del cotarro chileno y le llevó a Ceilán, a Birmania, a China, a España. Estaba lejos, pero su presencia se hacía notar en Santiago. Los escritores españoles le acogen como a un hermano, funda en España la revista Caballo Verde para la Poesía, y le pilla la Guerra Civil. Se queda en Madrid. Los poemas de España en el corazón aún resuenan entre los que, como él, sufrimos los salvajes bombardeos sobre ciudades abiertas, sin objetivos militares, pero con el objetivo de aterrorizar, castigar a inocentes, a mujeres y ancianos y a aquellos "...niños muertos por la explosión/ trozos rojos de sesos, corredores/de dulces intestinos..." que él sitúa en un tribunal, esperando al culpable. Cuando termina la contienda, Neruda presta apoyo a muchos españoles refugiados en Francia: comida y dinero, al principio, y el flete de un barco espe-

cial que llevó a Chile a centenares de ellos.

Después empieza el tiempo frenético de su entrada activa en la política de Chile, sin demasiada fortuna, todo hay que decirlo, y el trabajo en su Odas Elementales, en los cinco libros de Memorial de Isla Negra, en donde se hizo construir una casa. Por cierto, para los no chilenos o para todos aquellos que no conozcan Chile y para los mal informados, una aclaración: la casa no está en una isla, Isla Negra es el nombre de un pueblecito costero cerca de Santiago, con playa bellísima, y un peñasquito oscuro enfrente, batido por el mar. Allí sigue escribiendo, hasta que el triunfo de Unidad Popular le lleva a París, a la rue de la Motte Picqué, con Jorge Edwards a su lado, como Embajador el poeta y como Cónsul el novelista.

Su Fin del Mundo, libro hermoso y terrible, es casi premonitorio de su propio fin. Pero aún antes le ha de llegar el Premio Nobel, para alegría de sus amigos y para desesperación sus adversarios. La muerte, siempre trágica, le sorprende en Chile, a donde ha ido con su última enfermedad a cuestas, pero le sorprende en momentos también trágicos: son los primeros días del golpe de Estado del General Pinochet, días de barbarie y asesinatos. Recuerdo perfectamente las imágenes de un documental que vi a las pocas semanas en París, sacado clandestinamente de Santiago. Imágenes de su casa saqueada por los militares y sus corifeos, libros quemados en el jardín, muebles rotos, vidrios, prendas de vestir, lienzos rasgados... Y las tremendas tomas, con grabación directa de voces, ruidos y cantos, hechas durante el entierro, en un nicho prestado, y "...Neruda, Neruda..." en los sollozos. Mágico nombre de Neruda, uno de los grandes poetas del siglo que termina. Mágico nombre, sí, mágico nombre. Como un escalofrío.